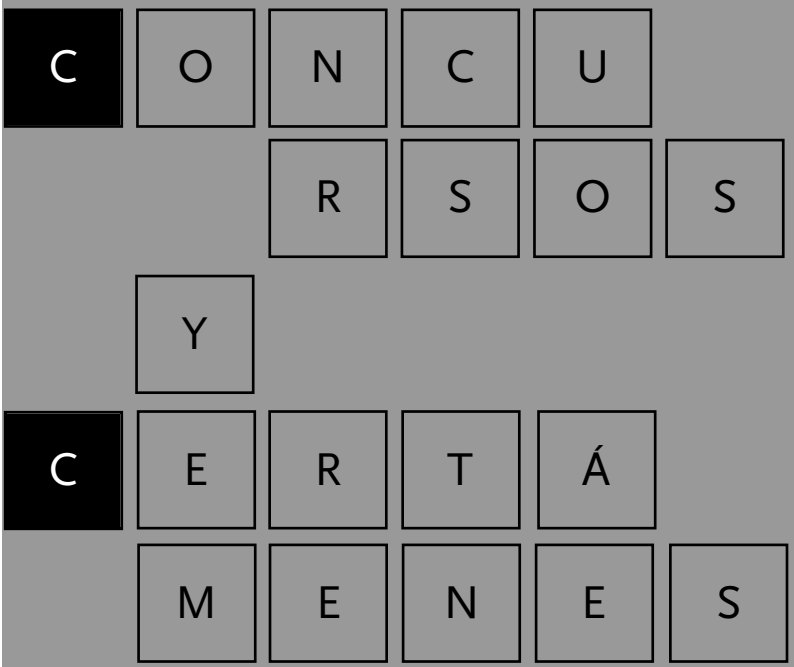
>

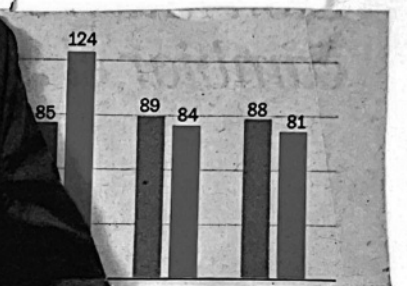

C O N C U
R S O S
Y
C E R T Á
M E N E S

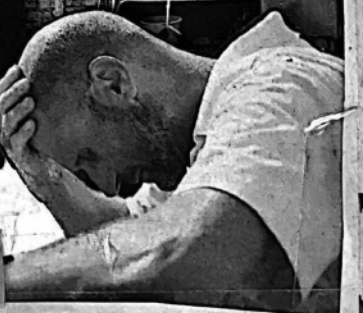
XXVI CONCURSO INTERNACIONAL DE RELATOS CORTOS "JUAN MARTÍN SAURAS"

ILUSTRACIONES: MANUEL GRACIA GASCÓN

dueños

Nuevo plan estratégico





La letra pequeña

definen el momento

Si tú no vas, ellos vienen

Primer Premio

Aquel cielo carmesí *(Relato inspirado en un heccho real)*

Luis Miguel Sánchez Tostado*

Si preguntas al brigada Ortuño sobre aquel cielo carmesí, te mirará de soslayo, apretará la mandíbula y optará por un "prefiero no hablar de ello" de teniente para arriba, o "que te lo cuente tu puñetera madre" de subteniente para abajo. Encenderá un Ideales y regresará a la sentina de sus soledades por el camino opuesto al que apareciste.

Teruel. Enero de 1938. Ortuño saca pescuezo en la trinchera y se lleva los prismáticos a la cara. Peina la posición enemiga y farfulla algo sobre las madres de los rojos. El leal cabo Marañas se embelesa en la bragueta del suboficial. Vuelve en sí con el sopapo.

—¡¿Qué miras, maricón?!

—¡*Cagüen los rojoh marxistah*! –balbuce con ojos de pez.

El cabo Marañas corre por la trinchera con la cabeza doblada y los brazos hacia atrás en forzada postura. "El brigada tiene *podereh*", musita fascinado ante la capacidad de Ortuño para leer sus pensamientos, desconociendo que es su propia simpleza quien lo delata. El joven Marañas tiene los ojos tristes, la tez solitaria, el entrecejo poblado y los labios huérfanos de besos, no por falta de amor ni anhelo de sentirlo. De su cuello pende un escapulario de la Virgen del Carmen al que se aferra cuando le asalta el miedo o los pensamientos impuros, como si aquel trocito de tela estuviera bordado con hilos de amparo, como si aferrándose a la reliquia percibiera el abrazo inefable de la patrona, que, por ser la madre de los marinos, también lo es de los grumetes.

Marañas nació en Sanlúcar de Barrameda el mismo día que su madre murió de sobreparto. Su progenitor lo dejó al cuido de las monjas de la Casa Cuna. Dicen que se enroló en un cuerpo de armas, pero vete a saber. Las nodrizas lo amamantaron hasta que echó los dientes, y en el hospicio hasta los once, cuando un contramaestre lo puso a tejer redes en la dársena del puerto. En el trasmallo perdió sus verdores entre aparejos, pargos y chirlas. Jornales de sol a sol solo por el sustento, indigencias que el infeliz agradecía sonriente al mezquino patrón del palangrero Bravura. Ortuño conoce su historia y, cuando repara en sus manos descarnadas por el salitre, cuando en las trincheras lo ve declamar versículos memorizados de su devocionario sin saber leer, solo para darse nota, propende a enternecerse. Pero guarda silencio.

***** Luis Miguel Sánchez Tostado, natural de Jaén, es escritor, guionista y criminólogo por la Universidad Complutense de Madrid con casi sesenta obras publicadas entre novelas, ensayos, relatos y guiones cinematográficos. Sus textos han sido galardonados en más de una veintena de premios nacionales.
En su amplia bibliografía destaca el ensayo histórico y criminológico con temáticas dedicadas a la guerra civil, la dictadura franquista, el exilio republicano o la Transición española y el género de ficción con novelas como *Juvencia* (Premio Círculo Rojo a la Mejor Novela Histórica, 2018), *La cuarta bestia* (2021), *El insólito viaje de Brenda Lauper* (2022) y *Tres promesas y un arrebato* (Premio Suabia de Novela Corta de Humor, 2022).

ARTE. REBELIÓN, EXILIO Y REDENCIÓN

La inteligencia ar
logía de análisis de
prescindibles para l
eventos clave en la mont
de información que una persona deja en el soporte digital. Franco Moretti es un historiador y crítico literario que acuñó el término *distant reading* para definir una metodología que analiza grandes volúmenes de literatura mediante el uso de técnicas cuantitativas y computacionales. Su conjetura es que "los biógrafos buscarán los datos que correspondan a los puntos de partida biográficos establecidos (primera infancia, padres, escuela, comienzos de una carrera, accidentes, etcétera) y la nueva abundancia simplemente añadirá toques de color aquí y allá". Explica por correo electrónico que la inteligencia artificial tiene una gran capacidad para crear relatos verosímiles a partir de datos disponibles y expectativas generales. Sin embargo, "lo verosímil no es necesariamente lo verdadero". "Mi gran temor es que la inteligencia artificial nos inunde de biografías "verosímiles" que, sin embargo, no tienen necesariamente relación con la verdad".

"Este
do", afirm
ría del Hoy
enfoque q
uando al
de un
media
le. Si
uer
da
al
o

2!

La segunda vida sin filtros

A estas alturas de la guerra, la causa recluta a niños, memos y gañanes, tan útiles como otros si disparan mosquetones a la orden de fuego. En el regimiento saben que Marañas, sin ser lerdo profundo, anda escaso de reflejos, es torpón y ayuno en juicios para solaz de legionarios bravucones que se mofan de él. Dice el furriel que Marañas tiene para la guerra el mismo espíritu que un conejo y empuña el máuser con la marcialidad de un gancho atunero.

Marañas venera al brigada Ortuño porque, a diferencia de los demás, y pese a su aspereza cuartelera, le respeta, nunca se burla de él. Al brigada le enternece su candor, su nobleza inicua por falta de correspondencia. Le conmueve su fervor religioso y su interés por agradarle: tabaco de picadura, papel de liar, pintas de clarete, capote para el frío, cupones de racionamiento, café de achicoria y su sonrisa indisoluble, pertinaz. "¡Que no me arropes, maricón!", rechaza a viva voz para evitar comidillas. "¡*Cagüen loh rojoh marxistah*!", repite Marañas para agradarle cuando, en realidad, desconoce quién fue Carlos Marx, ni por qué sus seguidores son rojos y no marrones, ni por qué llaman "Santa Cruzada" a la insurrección del treinta y seis, ni por qué lo hicieron cabo, ni por qué lo llevaron a pegar tiros a Teruel a veinte grados bajo cero.

Marañas desafina habaneras de su Cádiz natal, y tararea las letras cuando las olvida:

Mi madre fue una mulata
y mi padre un general,
yo teniente de una fragata,
que va y que viene para ultra mar.
Mil *veceh* tenté la suerte
sobre *lah olah* del mar.
Mil veces *nanino nero*...
nanino nero naninoná...

El brigada lo observa en silencio sopesando si su retraso y su memoria obsolescente sanarían con una adecuada ración de hostias y putas. Manos de santo, decía, para despabilar cortos y rehabilitar ambiguos.

Las tropas del Ejército de Levante, al mando del comandante Hernández Saravia, han arrebatado Teruel a los franquistas, lo que supone un giro inesperado en los acontecimientos. En el bando gubernamental se celebra con júbilo la victoria que frena el avance de los insurgentes. Franco, al que nadie tose, repara que su camino triunfal hacia Madrid se ha enquistado en un alcor del mapa. Por ahora renuncia a Madrid, prefiere el empeño del Bajo Aragón y poner cerco a la capital turolense.

El 25 de enero, el Ejército Popular lanza una ofensiva al norte de la ciudad y toma Singra. La batalla es encarnizada bajo unas condiciones climatológicas durísimas. Pero algo ocurre aquella noche que abre las bocas, silencia los fusiles y siembra el pavor en los pilotos de los blindados. La Infantería contempla despavorida cómo el cielo negro se torna de repente de un rojo maléfico. Nadie, ni los más ancianos recuerdan algo parecido por lo que, temiendo una artimaña enemiga, se desata primero la inquietud, después el pánico. El cabo Marañas, con los ojos como plateas, corre a despertar a Ortuño:

—¡Mi brigada, mi brigada, el cielo es *marxistah*! –vocifera, señalando a las alturas.

El suboficial toma los prismáticos y observa aquel rojo fantasmagórico que se cierne sobre ellos como un manto de sangre.

—¡Gases! ¡Nos gasean los perros comunistas!

—¡*Cagüen loh rojoh marxistah*! –corrobora Marañas.

—¡Transmisiones, ponme con el puesto de mando!

Marañas se inquieta con las carreras, los juramentos y los válgame Cristo de una amenaza roja de la que no saben cómo librarse. Los centinelas abandonan sus puestos y buscan a don Teófilo el capellán, en la certeza de que un ministro de la Iglesia necesariamente ha de estar ducho en las cosas del cielo. El veterano sacerdote, alarmado por la confusión, observa aquel extraño cielo carmesí. Limpia sus anteojos con un pañuelo y los ajusta de nuevo en el caballete de su nariz. Jamás vio cosa igual. Maravillado, se santigua tres veces para conjurar lo inexplicable. Descarta los fuegos fatuos, también las luces de San Telmo. Después de cuatro cavilaciones, al fin encuentra explicación para el rubor del cielo: el prodigio de la sangre de Jesucristo se precipita sobre Teruel en penitencia por la impía guerra entre hermanos. Algo así como la licuefacción de la sangre de San Genaro, pero al por mayor. Se postra el capellán y eleva sus alabanzas sin separar los ojos del cielo. Los soldados le imitan, pero es tal la inquietud que desatan las vetas de polvo rojo, que no pocos dudan de la hipótesis divina y comienzan a sospechar de una argucia republicana. Temiendo un fatal desenlace, requieren del sacerdote anticipos de extremas unciones. Como sombra atada a los pies, el cabo Marañas sigue a Ortuño a todas partes.

—Que no es el fulgor de un incendio, mi capitán, que son gases venenosos que los rojos han lanzado desde algún cohete –inquieto, el brigada habla por el radioteléfono–, o habrán rellenado los obuses de gas y se los habrán dado a disparar al Atilano ese. No tardará el veneno en caer sobre nosotros.

Se refería Ortuño al mítico artillero de la coplilla:

En el cielo manda Dios,
en la tierra los gitanos,
y en los montes de Teruel
los cojones de Atilano.

—Mi unidad necesita máscaras de gas con urgencia –continúa el brigada–. ¿Cómo que no hay máscaras? ¿Que las pocas que hay son para el puesto de mando? –Ortuño se tensa y prescinde de protocolos– ¡Me cago en los calostros que mamé, que nos van a gasear como a chinches!

—¡*Cagüen loh rojoh marxistah*! –secunda Marañas, que se abraza al máuser y se aovilla en el suelo, como resumido en el claustro de su madre muerta.

Despegan escuadrillas de Fiat CR-32. Los cazas de la Legión Cóndor sobrevuelan el cielo nocturno, verifican que no hay incendios en el horizonte y, tras alcanzar la máxima altura, disparan al cielo. También la artillería de campaña eleva sus calibres y hacen tronar el aire con la esperanza de que las deflagraciones, el cierzo y la Providencia devuelvan la amenaza

roja al enemigo. Pero las vetas se agigantan lentamente y, por momentos, exhiben trazas esmeraldas, prueba de la toxicidad de los agentes químicos al contacto con los obuses.

—¡Que nadie abandone su puesto! ¡Si hemos de morir, lo haremos por Cristo Rey, por España y por el Caudillo, ¡maldito sea! –brama Ortuño que patea a los soldados que aguardan turno para ser ungidos– ¡A vuestros puestos, *cagoentó*, que sois soldados, no plañideras!

Encabritado, Ortuño encadena maldiciones y se desgañita soltando canicas de saliva. Tira de varios requetés sobre los que el páter se dispone a esparcir el hisopo. Bajo el cielo escarlata, y con las manos juntas, corean las rogativas del capellán: "Oh, Altísimo Señor. Tú que lo conoces todo, sabrás que los rojos son el anticristo, que aspiran al ateísmo, a la masonería y al caos. Postrados ante Ti, te pedimos, oh Padre, que en la hora suprema no veas tanto nuestros pecados como nuestro empeño por la Santa Cruzada, la Fe verdadera y la Iglesia de Roma. Elévanos a tu seno y caiga sobre los perros infieles el merecido escarmiento. En el nombre perfecto de Jesús. Amén".

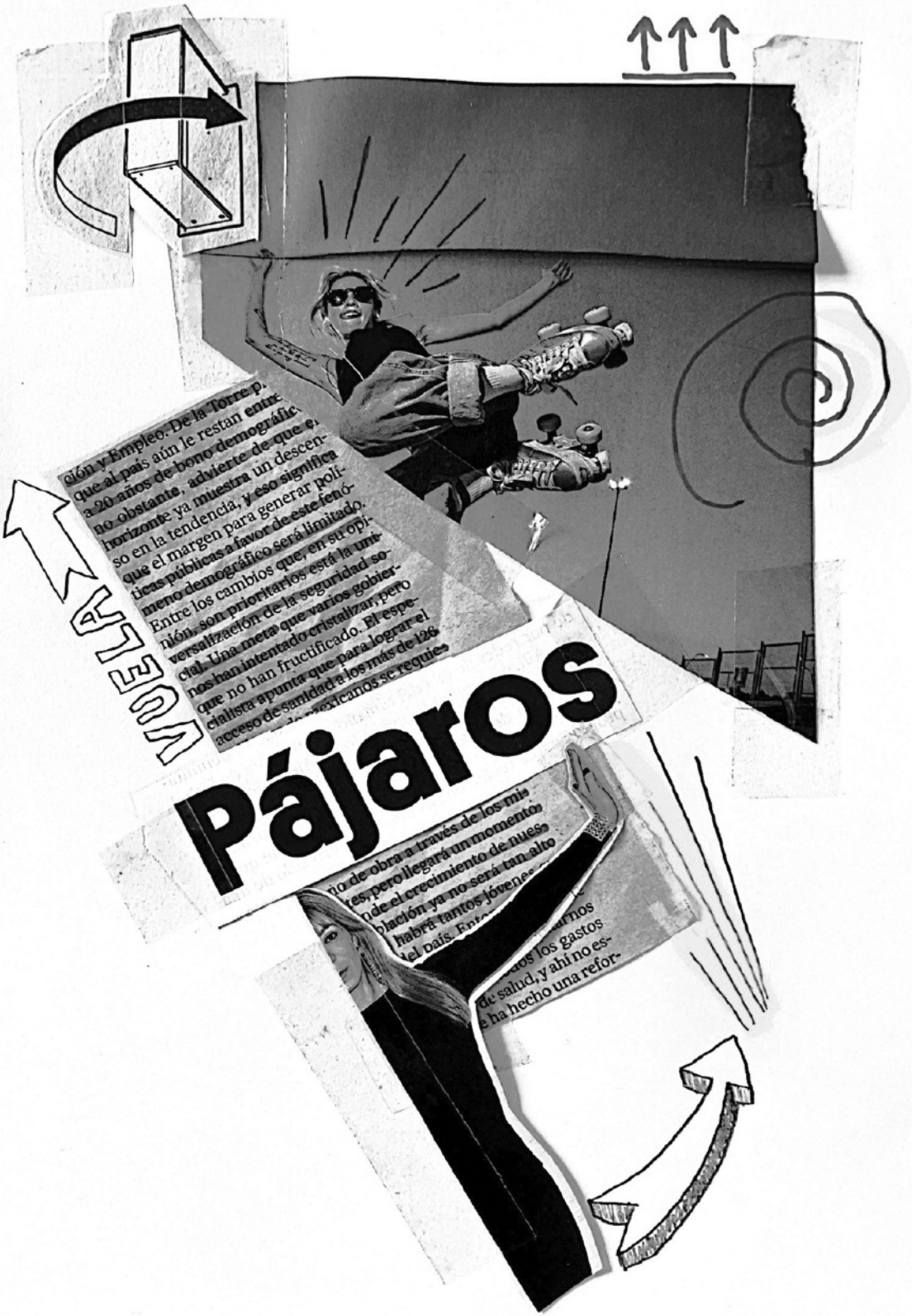
A Ortuño le extraña no ver al cabo Marañas sumándose a las rogativas o mirando su bragueta. Lo busca a gritos por la trinchera, pero no contesta. "Este cretino cree que puede llegar a Cádiz en tres zancadas".

—Mi brigada, al aparato el coronel Cabrera –el joven Transmisiones le aproxima el radio teléfono, que está conectado a su mochila con un cable en espiral.

—A la orden de usía, mi coronel. Al habla el brigada de infantería Ortuño desde la posición Altos de Celadas... Negativo. Mis hombres temen que caiga sobre ellos el gas rojo y están rezando... Lo que oye, mi coronel, rezando como beatas. Necesito refuerzos y.... ¿Que no hay refuerzos porque están todos cavando fosas?... ¿Cómo?... ¿Pero, mi coronel, cómo voy a pedir a mis hombres que caven sus propias fosas?... Ah, que bajo un palmo de tierra y con respiraderos filtrados podrían subsistir las primeras horas hasta que el gas venenoso se disuelva en la nieve. De acuerdo, daré instrucciones... ¿Cómo dice? –Ortuño se tapa con un dedo la oreja libre cuando arrecian las plegarias– ¿Dice usía que uno de mis hombres abandonó las líneas y se unió al enemigo?... ¿¡El cabo Marañas!? ¡Maldito tarado! Descuide, me encargaré de él si lo capturamos.

El brigada desenfunda su Astra del nueve largo, escupe juramentos y obliga a los implorantes a cavar fosas dentro y fuera de las trincheras, cada uno la suya, lo que acrecienta el desasosiego en el regimiento. "¡Estoy autorizado a volar los sesos de quienno acate las órdenes del puesto de mando!", clama con la mente en el cabo Marañas. Jura dar su merecido al gaditano traidor pues, cuando los rojos lanzaron al cielo los gases mortíferos, corrió a unirse a ellos buscando su propia salvación. Se esfuma su clemencia, maldice el fingimiento de cabo honesto y desprendido, habitual mascarada de mentes inválidas, piensa, ingenuas en el trato, pero bien despabiladas a la hora de buscar su provecho cuando el destino se tuerce.

En la noche, bajo un cielo maldito, los hombres cavan y rezan. Entrada la madrugada, en el frente suenan voces lejanas y algunas ráfagas. Ortuño y una patrulla acuden prevenidos y toman posiciones cuerpo en tierra. Una silueta renqueante avanza en la negrura. Se


VUELA
Pájaros
ción y Empleo. De la Torre p
que al país aún le restan entre
a 20 años de bono demográfic
no obstante, advierte de que e
horizonte ya muestra un descen
so en la tendencia, y eso significa
que el margen para generar políticas públicas a favor de este fenómeno demográfico será limitado.
Entre los cambios que, en su opinión, son prioritarios está la universalización de la seguridad social. Una meta que varios gobiernos han intentado cristalizar, pero que no han fructificado. El especialista apunta que para lograr el acceso de sanidad a los más de 126
no de obra a través de los mis
es, pero llegará un momento
nde el crecimiento de nues
blación ya no será tan alto
habrá tantos jóvenes
el país. En
de salud, y ahí no es
e ha hecho una refor-

adentra en zona nacional con dos caballerías en reata con los serones colmados. Las bestias, con la nieve por los garrones, a duras penas vencen el altozano.

—¡Alto ahí! ¡Santo y seña! –gritan al de las caballerías.

—¡*Cagüen ... loh rojoh... marxistah*!

—Es el cabo Marañas, mi brigada –informa el quinto más adelantado.

—¿Marañas? No disparéis. ¡Dejádmelo a mí!

Ortuño, pistola en mano, sale a su encuentro. Lo agarra por las solapas y le conmina: "¿Cómo se te ocurre desertar, majadero?". Marañas sonríe sin entender. Sus ojos de pez, más redondos y solitarios que nunca, buscan en los del suboficial trazas de júbilo por encontrarse de nuevo. El cabo lo abraza y aproxima su cabeza al pecho de Ortuño. Busca latidos. Pero las piernas del andaluz flaquean y, tras un gemido corto, se derrumba sobre la nieve. Ortuño se mira las manos pringadas en caliente y siente una punzada en el alma. "Le han alcanzado". Marañas, con la sonrisa helada, tira del brigada hacia el suelo, se aproxima a su oreja e hilvana un hilo de voz: "*Loh marxistah* están *cagaoh* con el rayo de la muerte". Se decía en las cantinas que el Tercer Reich había convertido a España en un banco de pruebas de armas experimentales que más tarde Hitler empleará en la invasión de Europa. Marañas había oído hablar a Ortuño del Proyecto Sonnengewehr, una plataforma espacial con un espejo cóncavo de tres kilómetros de diámetro capaz de concentrar la luz solar en un rayo destructivo y dirigirlo a un punto elegido de la Tierra, como el espejo ustorio de Arquímedes en Siracusa. Era el rayo de la muerte.

—Ganaremos la guerra –musita conciliador Ortuño, que enfunda el arma y evita con su brazo que la cabeza del cabo toque la nieve.

Con la sonrisa tumefacta, el joven asiente y ambos dirigen la mirada al hipnótico escarlata del cielo, cada vez más intenso y amenazador. Marañas levanta su capote y descubre una máscara de gas. "Póngasela. En *lah* caballerías hay más para *loh muchachoh*". Desliza dos dedos por el rostro hirsuto del brigada y entona el estribillo olvidado de la habanera:

Mil *veceh* tenté la suerte
sobre *lah olah* del mar...
Mil *veceh* busqué la muerte
y no la pude encontrar.

Son sus últimas palabras antes de que la luz de la vida se apagara en sus pupilas.

Ortuño, con los ojos inundados, lo abraza con sentimiento, lo mece y concluye la habanera que él mismo le enseñó:

No llores mi vida
no llores mi amor,
mira que tus lágrimas
me causan dolor.
Si lloras la ausencia
de aquel que te amó
si lloras vida mía
también lloro yo.

El brigada Manuel Ortuño entierra a su único hijo, José Ortuño, más conocido por el cabo Marañas, en la fosa que él mismo cavó unas horas antes. Fue él quien reclamó a su hijo para su unidad cuando se enteró de que lo habían movilizado, y fue él quien lo propuso para el ascenso a cabo cuando salvó la vida de un sargento en primera línea de fuego.

Los hombres de la unidad de vanguardia de Altos de Celadas, protegidos por las máscaras antigás que Marañas robó a los republicanos, aguardan resignados a que el gas bermellón se precipite sobre ellos, pero inopinadamente aquel cielo carmesí desaparece como por ensalmo cuando la alborada irrumpe sobre los ventisqueros de levante. Se desata el júbilo y don Teófilo da gracias al Altísimo por aprobar sus rezos y contriciones.

Tras dos meses de cruenta batalla, con miles de bajas por los efectos de la guerra, el frío y el hambre, las tropas de Vicente González, el Campesino, abandonan las posiciones y el 22 de febrero la infantería rebelde recupera la ciudad devastada haciendo miles de prisioneros e incautando material bélico. Teruel está irreconocible: muros arpados de metralla, canceles boqueteados, cráteres en los terrizos, fachadas leprosas, tejados a cielo abierto, postes caídos, cables colgantes, miseria, hambruna, quebrantos y desolación bajo un manto de polvo y nieve.

Armado y prevenido, el brigada Ortuño se adentra en las calles yermas. El silencio es imponente, intimida. Accede a lo que parece una agencia informativa internacional, desalojada con prisas. Todavía human colillas en los ceniceros. Hay documentos, gacetas, crónicas subrayadas y máquinas de escribir. Junto al teletipo, un periódico y una tarjeta de identificación: "Ernest Hemingway, corresponsal acreditado para la North American Newspaper Alliance". El suboficial toma un rotativo fechado el 26 de enero de 1938, día que enterraron a Marañas:

> *AURORA BOREAL INSÓLITA SOBRESALTA A EUROPA*
> *Los británicos pensaban que el castillo de Windsor estaba en llamas y en la guerra de España cundió el temor por el uso de armas químicas e hicieron acopio de caretas de gas y mascarillas. Astrónomos consultados por esta redacción confirman que se trataba de la aurora boreal más bella del siglo XX debido a una extraordinaria actividad del sol en los días previos. El viento solar proyecta sobre la atmósfera terrestre un colosal flujo de partículas que producen radiaciones electromagnéticas que forman espectaculares fenómenos de luz, si bien estos bellos espectáculos celestes son muy poco frecuentes en latitudes meridionales. A diferencia de las habituales auroras boreales en el círculo polar ártico con sus tonos verdosos y azulados, la que se dejó ver en Europa el pasado 25 de enero adquirió una intensa tonalidad rojiza.*

El brigada cierra el periódico y pierde la mirada en el infinito. "Perdóname, hijo", musita contrariado.

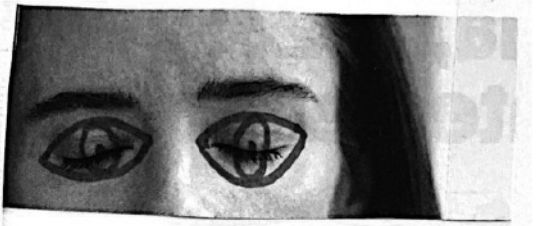
La batalla de Teruel dejó más de noventa mil muertos y una aurora de prejuicios sobre lo desconocido. Aquella noche cayeron todas las máscaras, las de gas, las de los bravucones que resultaron melindres y la de un conejo valiente del que ya nadie se mofa. Fue en el instante en que cerró los ojos y dejó caer las páginas del periódico, cuando Ortuño tomó conciencia de que perderían la guerra, aun cuando se alzaran vencedores.

Segundo Premio
Ángela se mece entre olas
Esteban Torres Lana*

Ningún mar huele como este, pensaba esa tarde sentado a escasos metros de la espuma que con ferocidad devoraba la playa y volvía entre borbotones a la rompiente. Las olas se elevaban con fuerza llevando algas y arena hasta su cresta y estallaban con un ruido seco y estremecedor mientras el levante rizaba sus crines alborotadas. Cuando el Cantábrico se enfada hay que tenerle un respeto. Sentía frío y miré hacia mi derecha donde sentada a unos metros estaba Ángela mirando la mar. A unos 40 metros se veía la segunda rompiente, la más peligrosa, porque las olas se desgarraban entre rocas que ensombrecían el agua y enseñaban entre ola y ola espigones afilados y peligrosos. Es pleamar y apenas despuntan, pero las conozco tan bien que sabía dónde mirar y las encontraba, claro que las encontraba.

Aquella tarde está tan viva en mi memoria que el tiempo en el recuerdo se resiste a ser tiempo vivido, reclama ser real, tiempo presente. No me deja recordar, sólo me deja vivir aquel espeluznante atardecer de galerna. Ángela está localizando las rocas en la segunda rompiente, estoy seguro. Ha pasado entre ellas muchas veces nadando como una sirena cuando ha tenido que ir a por algún bañista inconsciente que desoye los consejos de los vigilantes y se mete donde no debe. Ángela es una excelente nadadora, estuvo compitiendo hasta los veinte o por ahí y cuando vio que las jovencitas de cuerpos afilados le ganaban con claridad supo retirarse. Ahora compartimos bar en el invierno y escuela de deportes acuáticos en verano. Además, es socorrista municipal y mi mujer hace seis años. Hoy hay bandera roja como es lógico y no está preocupada por ningún bañista. Está triste porque desea por encima de todo tener un hijo, más bien una hija, con la que sueña desde tiempo atrás. Un aborto hace año y medio, muchas horas en el hospital, palabras tranquilizadoras y un nuevo aborto hace tres meses la tienen deprimida y encerrada en sí misma. Lo entiendo porque hemos pasado una mala temporada de bruscos saltos emocionales. Yo también deseo un niño o una niña, lo que venga, pero a las grandes alegrías de la noticia del embarazo le siguieron desolaciones profundas por el desenlace. Y dos veces. En resumen, que estoy preocupado por su tristeza y su necesidad de alejarse de mí. Necesito estar sola, me dice y yo eso no lo vivo bien, es cosa de dos le digo, pero no hay forma, es claro que ella vive estas pérdidas en su propio cuerpo, un choque físico y psicológico en el que no me deja sitio alguno.

***** Esteban Torres Lana, nacido en Calahorra (La Rioja), vivió sus primeros veinte años en Madrid y después se trasladó a Tenerife, donde reside en la actualidad. Guionista y director de unas treinta producciones audiovisuales y profesor de Psicología del Desarrollo Humano en la Universidad de La Laguna, ha centrado su campo de investigación en el estudio de los medios audiovisuales, su influencia en el desarrollo de la infancia y adolescencia y los puentes con la lectura y escritura.
En 2015 publicó su primera novela, *Andreea Constantin*.



pero se ha perdido"

y no hacer nada. ¡NADA!*

La pereza es un amor

*

El recuerdo ya no es la mejor memoria

La tercera rompiente está como a 50 metros de la segunda, casi a mar abierto, en el límite de la bahía. Son olas grandes, limpias, majestuosas, que rompen con lentitud y en silencio para nosotros, ahogadas por el estrépito de la segunda y primera línea de rompiente. Es un espectáculo fascinante, podría estar viendo este mar embravecido durante horas, notando como cristaliza sobre mi piel la sal que transportan las pequeñas gotas de espuma con las que me empapa el viento. Pero Ángela se ha levantado, la sigo con la mirada pendiente de cualquier gesto que me permita ir junto a ella y abrazarla, pero no romperé su aislamiento si no me lo pide. Camina lenta hacia la orilla, tardo en darme cuenta de que está mirando algo en la lejanía.

—¡Es un bote...! Allí, en la última rompiente... –Yo miré, pero no vi nada, aproveché para ir donde ella y juntos estuvimos oteando el subir y bajar de las grandes olas.

—Allí –me dijo de nuevo.

Y esta vez me pareció atisbar algo entre la espuma. Lo traerán las olas y veremos qué es, pero nada más pensar eso emergió de la espuma el perfil inconfundible de un bote.

—Joder, es un bote, ¿cómo ha llegado hasta aquí?

—¿Será un naufragio?

Ángela estaba excitada y yo encantado de que ese bote me diera la ocasión de desbloquear mi situación con ella. Estaba a la deriva a punto de que lo enganchara la segunda rompiente cuando empezó todo. Una ola lo levantó de popa y Ángela gritó espantada:

—¡Hay alguien, joder hay alguien dentro...!

Y mientras sentía que todo mi cuerpo se enervaba por el grito de Ángela, olí el peligro sin duda alguna. Y luego vi, por el rabillo del ojo, los nerviosos movimientos de mi mujer quitándose el pantalón de deporte y la sudadera. En un segundo me percaté de la locura que nos acechaba, en otro grité despavorido "¡¡¡ no lo hagas...!!! y en otro me estaba quitando la ropa y corriendo tras ella.

Quien no conozca el Cantábrico no sabe la mezcla de miedo y frío, olor a algas, espuma en tu boca y fuerza zarandeando tu cuerpo, que supone lanzarse de golpe al mar en un día como este. Mi valor estaba dos metros delante, en esa mujer a la que quería más que a nada en este mundo y que nadaba con la misma fiereza que el mar la amenazaba. No llevábamos chalecos ni cuerda, era una solemne locura, Ángela se arriesgaba por algo que yo no sabía y yo me arriesgaba por Ángela. En los pocos pensamientos que caben en segundos como esos, donde tienes que salvar unas olas que rompen a dos metros de ti, que suben como una pared de cristal verde a punto de estrellarse contra tu pequeña figura, me dije que el destino de Ángela era el mío y ya está, no da tiempo para más. Pude ver, eso sí, cómo ella hacía un gesto para que me metiera por debajo de la ola, por supuesto, me dije, mientras me hundía en el agua. No estoy loco para intentar subir unas olas con esta fuerza. Luego, en el silencio, mientras la arena, la espuma y las algas chocaban por encima de mí, tuve tiempo de alegrarme de que Ángela se preocupara de que hiciera las cosas bien en la locura que habíamos emprendido.

La salida a la superficie supone un posible momento de pánico si no tienes clara la situación en la que estás en relación con la línea de rompiente. En días normales lo sabes, aunque las olas sean grandes, pero esta tarde, al frío, al viento y a las algas, hay que sumarle una ropa inadecuada y una agitación en el agua que rompe todas tus previsiones. En resumen, estaba aterrado, busqué a Ángela mientras calculaba el tiempo que me quedaba ante la siguiente gran ola. La vi nadando y mirándome, me hizo otro gesto de "adelante" y eso me sacó del marasmo. Con calma me sumergí otra vez, algo me golpeó en el hombro con fuerza y volví a tener miedo. Si salgo tarde no me da tiempo de respirar antes de que se me eche otra ola encima, así que salí y nadé desesperadamente para remontar la que venía antes de que rompiese y la subí cuando ya estaba enseñando la espuma. Había pasado la primera rompiente y busqué a Ángela nervioso. No la veo, no está, joder...

—¡Luis, vamos...!

La oí, pero no la veía, tapada por las olas. Nadé hacia la voz y aproveché para mirar la última posición que recordaba del bote. Parecía enganchado en una roca y si recibía una ola más como estaba, de través, volcaría sin remedio. Con espanto vi como Ángela estaba a punto de llegar hasta las rocas, a unos metros del bote. La exigua pausa que el mar te concede en estas ocasiones llegó a su término. Un impresionante estruendo me avisó de que a mi izquierda una ola enorme se doblaba sobre sí misma y tuve el tiempo justo de sumergirme. Cuando salí nadé hacia el bote, que se había emproado por casualidad y gimió apretado contra la roca. Ángela me llamó a gritos para que fuera con ella. Estaba en un pequeño pozo entre las rocas donde habíamos pescado pulpos alguna vez. Con voz entrecortada por el cansancio me dijo:

—Cuando venga la ola nos metemos dentro, luego me subo al bote...

Le hubiera dicho unas cuantas cosas, pero lo único que pude hacer es acuclillarme con ella y notar la fuerza enorme del mar por encima de nuestras cabezas. Cuando salimos me dijo que me quedara allí y rodeó las rocas con rapidez. Estoy seguro de que se dio varios golpes, pero cuando tiene un objetivo en el mar mira de una forma que da miedo. Parece que no existe el peligro, este mar enfurecido y helado que nos amenaza... Preferí no mirar y tuve que meterme de nuevo en el hoyo para que no me destrozara una ola. Salí con miedo de mirar y lo que vi todavía me asalta en sueños. Estaba a medio subir en el bote, una pierna al aire y el tronco pugnando por inclinar el balanceo a su favor. Como en un rodeo marino, donde el animal es de madera y gime igual que una bestia herida, una ola levantó bote y mujer y lo zarandeó fuera de las rocas. Vi como Ángela caía dentro y no lo pensé más. Salí de mi refugio y nadé hacia el bote; una ola gigantesca me levantó por detrás y me acercó al objetivo sin arrastrarme en la rompiente; nadé y nadé sin mirar hacia atrás. Cuando al fin toqué el bote, una ola lo giró y tuve que soltarlo, no veía a Ángela, pero oí algo como un llanto y luego, claramente, un grito desgarrador:

—¡¡ Es un niño...!!

No pude creerlo, pero no hay tiempo para creer o no creer en algo cuando estás en mitad de una rompiente y adivinas, más que ves, una masa de agua amenazante. La ola rompió a un par de metros y la espuma empujó el bote y a mí hacia la primera rompiente. Cuando pude estabilizarme hice un último esfuerzo para agarrarme al bote y lo conseguí. Estaba agotado, la fuerza para colgarme del costado y dejarme caer dentro fue de nuevo el llanto

de Ángela. Creí que podía estar herida, pero lo que vi no lo podré borrar de la memoria mientras viva. El bote era una bañera, casi lleno de agua, lo que permitió que no volcara con facilidad. Ángela estaba sentada con el agua por el pecho y abrazaba contra sí un amasijo de mantas mientras lo acunaba llorando. Su cabeza ya no estaba en el Cantábrico luchando por llegar viva a la orilla, tuve clara conciencia de que tenía que hacer algo. Me senté en el bote entre golpes de mar, un corto respiro entre rompiente y rompiente. Tenía que hacer algo porque Ángela seguía canturreando y acunando al bebé.

—Está moradito el pobre, moradita, es una niña... y está dura como una piedra.

—¡Ángela, por dios, ayúdame, el mar nos va a destrozar...!

Estuve a punto de decirle que el niño o la niña o lo que fuese no podía estar vivo, pero era una obviedad y junto al canturreo oía el llanto de una mujer que mecía a un bebé muerto después de dos abortos. No éramos el mejor equipo para hacer llegar el bote a la orilla, pero algo me golpeó las piernas con fuerza y me alertó de nuevo. Un remo flotaba a mi costado apaleando todo lo que le rodeaba, yo incluido. Lo saqué como pude cuando estábamos a punto de entrar en la primera rompiente a lomos de una enorme montaña de agua. Encajé el remo en el escálamo y medio incorporado traté de gobernar la caída de la ola y la suerte hizo que el bote frenado por mi esfuerzo no acompañara a la ola en su estallido.

Pero detrás se estaba armando otra y estábamos en terreno de nadie, no podía remar hasta evitar que la ola nos rompiera encima, no podía ir hacia atrás y subir la ola antes de que rompiera, lo único que podía hacer era mantener el bote perpendicular a la ola y aguantar la embestida dentro. Si volcamos, pensé, Ángela tiene que soltar al bebé y nadar como pueda hasta la orilla. Teníamos rocas a babor, necesitábamos un poco de suerte para que no nos echara allí la mar enfurecida.

Qué diferente es el tiempo del recuerdo al real. Todo lo que pensé en ese segundo tardo ahora minutos en ponerlo por escrito. Pensé en que era nuestro final, que el bote se estrellaría contra las rocas, que vería a mi mujer morir abrazada a un bebé muerto, que yo no quería sobrevivir a ese momento, ni llevar su cadáver a la orilla. Que no era justo que ella hubiera pasado por esas dos pésimas experiencias de los abortos, que era una fatalidad encontrar a un niño muerto en un bote a la deriva, o una niña según ella, que yo no iba a poder gobernar el bote, que venía la ola, que la tenía encima... Y ese olor a algas, a mar, rodeando nuestra pequeña embarcación, levantándonos por encima de las rocas, ese roce ronco contra una de ellas, la caída entre la cascada de espuma, el peligroso rotar del bote hacia babor sin que yo pudiera contrarrestarlo..., el perder a Ángela de vista envueltos los dos en un mar rugiente... todo en un segundo.

En otro, el bote emerge del mar como un submarino y Ángela sigue ahí, está medio inconsciente y veo que la sangre le corre por el cuello, pero abraza con furia a la pequeña criatura. El bote se ha enderezado solo y veo esperanzado la orilla: aún nos queda aguantar un par de embestidas más, pero de menor tamaño. Con la primera nos volvemos a sumergir unos angustiosos segundos...

—¡Ángela, agárrate chica... ya queda poco...!

"Cuando tienes miedo

EL PATRÓN DE CONDUCTA TIPO A

QUÉ HACER

Estamos en riesgo

NO MIRES ATRÁS

Parece que reacciona, sube la mirada y me grita "¡cuidado Luis!" avisando de la ola que amenaza por la espalda. Cuando no las ves, hasta la más insignificante te atemoriza, qué decir de estas enormes masas, atisbé una sombra, miré a mi costado y esperé el impacto. Me lanzó sobre Ángela mientras perdía el remo y me golpeaba con todo y recuerdo que dije "gracias", porque abracé a mi mujer y tuve la primera sensación de que llegábamos a la orilla. Allí alcancé a ver a dos o tres personas que asistían a nuestra locura incapacitadas para ayudarnos en este mar hostil. La espuma de la última ola nos sacó de la rompiente y dos olas ya rotas nos condujeron hasta el maravilloso momento en que sentí que el bote se varaba en la arena. Primero un ruido suave, deslizante, luego un frenazo, un giro, unas sacudidas que parecían estertores y aquel formidable bote de resistencia infinita se paró dejándonos en tierra.

Si no hubiera estado en *shock* le habría dado un beso acompañado de algún dicho sarcástico y divertido. Pero estaba agotado, dolorido, y sólo pensaba en sacar a Ángela de allí y tumbarnos en la arena. Con cuidado de evitar las sacudidas agónicas de la embarcación, ayudé a Ángela a salir por la proa. Ofrecí mis brazos para que me diera al niño –o niña según ella – pero sólo fue un intento. Lo apretó más fuerte contra su pecho e intentó salir sola, tropezó y cayó, por un momento, mujer y criatura estuvieron debajo del agua. Se incorporó y la imagen de mi mujer sangrante, golpeada, me pareció la de una Afrodita triunfante, hermosa, saliendo de la espuma con su pequeña Harmonía en brazos, con borbotones de espuma deslizándose por su cuerpo, enfilando a la orilla con pasos altos y potentes para sortear la resaca mientras abrazaba a aquel diminuto personaje que entró en nuestra vida de forma tan insólita.

Me sentí orgulloso, aunque sabía que ahora venía otra penosa situación para nosotros, explicar nuestra propias acciones. Pero no en ese momento, no ahora, cuando Ángela se tumba en el suelo agotada con el niño en su regazo. La envuelven con una manta y me dan otra a mí, me preguntan, les digo, al decir "niño" oigo suspiros, manos que tapan caras e interjecciones. "¿Cómo puede ser?", "un naufragio...", "habría adultos que no resistieron..."

—Eso creyó ver ella –dije, y tuve la primera sensación de necesitar cubrir de alguna manera lo que habíamos hecho.

Y empezaron los comentarios elogiosos, "qué valiente...", "ella es una socorrista de la playa, ¿no?", "tuvo que ir a por el hijo de una amiga mía el verano pasado..." Ángela no atendía a nada, gemía agotada y canturreaba; al principio no se dio cuenta nadie, pero una mujer hizo un gesto de silencio y pasó a primer plano un dulce arrorró con el que Ángela mecía el pequeño cuerpecito esculpido en sal por el Cantábrico. Llegó la policía local y, con ella, nuestra amiga Marta, compañera de Ángela, que cuando la vio en el suelo se asustó, me preguntó con la mirada y se arrodilló a su lado.

—Ángela, ¿qué haces, cómo te encuentras?

Ángela no contestó y siguió su canturreo mientras los comentarios se hacían cada vez más elogiosos y conmiserativos. Marta se incorporó, me miró y esperó mi explicación mientras su compañero se acercaba al bote y trataba de verle alguna identificación.

—Vio el bote, creyó ver a alguien dentro y se lanzó...

—Con esta mar... –me miró incrédula Marta.

—Pensó que las rocas los destrozarían... –y me sentí otra vez justificando algo.

—Qué locura... y tú también...

—No iba a dejarla sola...

—¿Qué tiene ahí?

—Un niño, estaba en el bote...

Marta se echó las manos a la cabeza y casi pierde su boina ladeada que le sienta tan bien. Volvió sobre sus pasos, separó a los curiosos y le susurró a su amiga:

—Ángela, déjame ver, ¡Ángela! –Pero Ángela no se movía, aunque dejó de canturrear y de mecer al niño.

Marta llamó a la central, pidió un forense y ordenó a su compañero que llamara a una ambulancia medicalizada.

—¿Cómo puede haber un bebé en ese bote? ¡No puedo creerlo! Ella está sangrando Luis, hay que llevarla al hospital... a ti también... joder... le tiene que pasar a ella... –empezaba a ponerse nerviosa y sus comentarios, llamadas e instrucciones a su compañero sonaban a gritos que trataban de imponerse al formidable estruendo de la galerna.

—Ella creyó ver a un adulto en popa –dije, gritando también.

—O sea que debemos esperar un cadáver estos días... no es lógico, no hay pesca de bajura desde hace dos días... no es lógico, no hemos recibido ninguna alerta... no es lógico.

—El mar trae sorpresas poco lógicas a veces... –más justificación por mi parte.

Llegó otro coche, esta vez de la policía nacional y una ambulancia. Ángela tuvo que levantarse y caminó insegura hacia Marta, a la que le entregó el amasijo de mantas donde estaba el niño. Marta lo introdujo con cuidado en la parte de atrás del coche y Ángela fue introducida en la ambulancia casi desmayada. A mí me vieron los golpes y alguna herida abierta y me metieron también junto a mi mujer. Recuerdo el cansancio al tumbarme en la ambulancia, mi mano buscando y encontrando la de Ángela, las luces de los coches que se quedaban en la playa iluminando un anochecer oscuro, nuboso y sin luna. Agentes alrededor del bote, curiosos y... me desperté en el hospital a la mañana siguiente con un cuerpo dolorido y una extraña sensación por lo que habíamos vivido. Estuvimos en riesgo de muerte, eso es claro, lo que me hizo incorporarme y mirar a la cama de al lado. No había nadie, Ángela miraba por la ventana de rodillas sobre un sillón. Tenía varias heridas curadas en el cuello, la frente y los antebrazos. Una gasa espectacular le cubría medio muslo... Fui hacia ella con prevención, no sabía en qué estado psicológico se encontraba.

—¿Cómo te encuentras, cariño? –me dijo con una sonrisa.

—Bien, y tú hecha una dolorosa... –era la de siempre.

—Perdona mi guapo, casi acabo contigo...

—No es tan fácil.

—No recuerdo cómo llevaste el bote a la orilla, creí que nos veríamos en el otro mundo.

—Poco faltó...

—Eres mi héroe... –y me lanzó sus antebrazos doloridos para abrazarme. Estaba cariñosa y me dejé hacer.

—¿Le van a hacer la autopsia?

—Me enteraré —necesitaba tiempo para adecuarme a la conversación inevitable sobre el niño... con cara de niña.

—Fue una locura –siguió– pero mereció la pena, no estoy loca, arrullaba a un niño ahogado, amoratado, rígido, más parecía una figura de mármol que una figura humana... –mantuve el silencio hasta que arrancó de nuevo, mirando al suelo con sus grandes ojos pardos– intenté darle vida con mi deseo y experimentar lo que se siente al abrazar a tu hijo y ya que lo imaginaba, a tu hija... –me miró y sus ojos estaban encharcados– es una bobada que tuviera cara de niña, era una expresión... sin expresión, me dio tanta pena que no pude aceptar que estuviera muerto y... –sollozaba.

—Cariño, es entendible, has sufrido mucho con los abortos...

—Eso ya no me importa, pero sí me gustaría saber si era niño o niña.

—Supongo que nos lo dirán todo esta mañana.

—Vete tú, a ti te dan el alta ahora, yo no salgo, estoy en observación hasta la tarde por el golpe en la cabeza.

Me dieron el alta esa mañana y no tuve que ir a ver a Marta. Ella tenía el coche patrulla en la puerta del hospital. Me miró sombría y después de interesarse por mi salud y la de Ángela me llevó a la comisaría. Pasamos a un cuarto solos ella y yo.

—¿Es niño o niña? ¿Hubo algún naufragio por la zona ayer? ¿Se han encontrado otros cuerpos? ¿Se ha identificado el bote? –eran mis nervios los que me hacían atosigarla a

preguntas.

Marta no contestó al principio a casi nada, pero pude saber que no habían aparecido cadáveres en la costa, que no hubo naufragio alguno y que ese bote estaba identificado con seguridad. Se desamarró hace un día y medio por el temporal junto con un par de embarcaciones más que se han hundido. Es de un puerto cercano. No todas las galernas mueven inmensas masas de agua, algunas afectan a los océanos particulares, a los rincones de nuestra consciencia donde se bañan en pequeños mares nuestros sueños y deseos más íntimos. Estuve más de una hora con Marta, sentí que era nuestra amiga y que quería a Ángela de verdad. Después firmé mi declaración y salí a pasear por el pueblo.

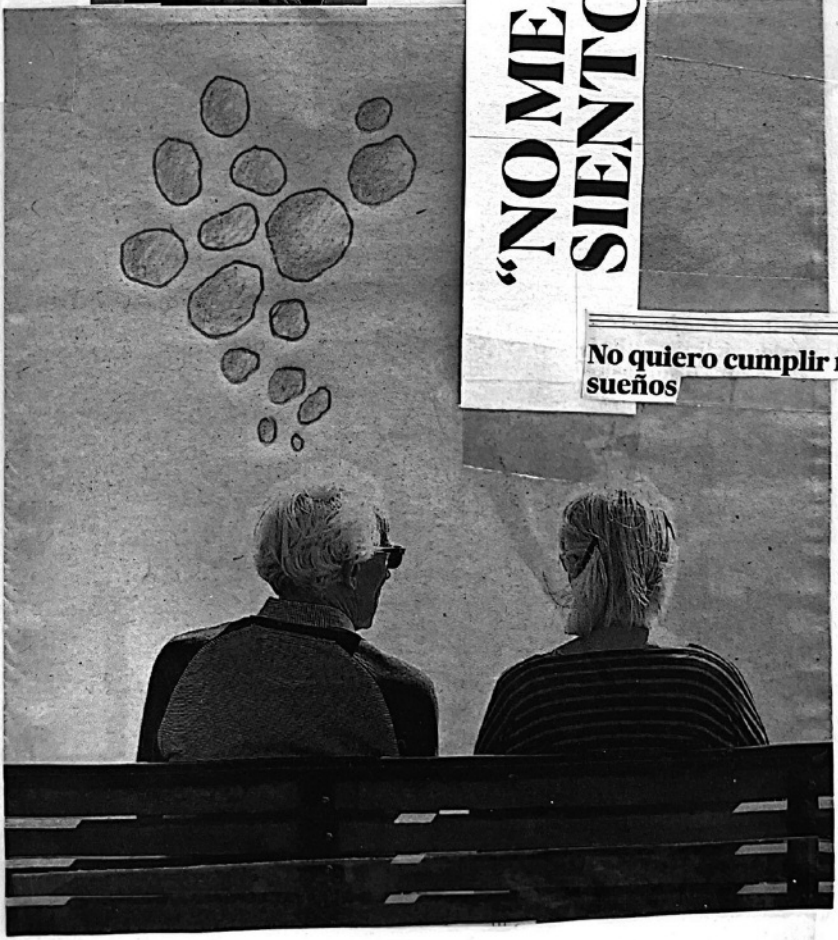
su nombre se ha consolidado
como exitoso ejemplo de que
mantene[illegible]e fiel a uno mismo
tiene p[illegible]io

PREMIS

hogar

"NO ME SIENTO

No quiero cumplir mis sueños



Llegué a casa, comí lo que pude y me acosté un rato a pensar. Que el mar guarda secretos inalcanzables está en nuestra imaginación colectiva, es la fuente de la vida y el cementerio de muchos sueños humanos, ahora me hacía sentir el peso de su fuerza en mi vida, me envolvía con una tensión que yo no sabía combatir, no podía subir olas, pasarlas por debajo, nadar, bucear, maniobrar una embarcación... me sentía impotente ante el misterio con el que me, nos, enfrentábamos Ángela y yo. Sabía que mi vida daba un vuelco en ese momento como los que dio el magnífico bote que nos llevó a la orilla con aquel enigma en brazos de mi mujer. El teléfono acabó con mis reflexiones. Era Ángela, le daban el alta en un par de horas. Quería volver a la playa.

—No creo que debas recrear lo que hemos pasado...

—De verdad, me va a relajar, ver las olas y pensar que no estamos entre ellas, de verdad quiero ir y que estés a mi lado... –y me pareció que estaba tierna.

—¿Qué te ha dicho el médico?

—Que descanse... y lo voy a hacer, después de un rato en la playa.

—Vale, te espero allí.

Quizá no era mala idea decirle a la mar "mira, no has podido conmigo...", pero el recuerdo del niño muerto podía asaltarla de nuevo, era un peligro, claro que no hace falta ir a la playa para que tengas esos recuerdos, un sueño, un apoyar la cabeza un rato y... aparece el niño muerto. En cualquier sitio, porque los malos recuerdos los llevamos puestos con nosotros a todos lados. Y a mí también me apetecía ver la galerna y saber que había podido con ella. Fui, pues, a la playa y paseé un largo rato.

Había muy poca gente porque el tiempo era desapacible, algunos perros correteaban dando vueltas en torno a sus amos o recogiendo palitos o piedras que les lanzaban. Me crucé con algún conocido y supe que la noticia había trascendido en el pueblo por cómo me saludó. Un gesto de "menuda ayer" y seriedad... ni una familiaridad más. Era un indicador de lo que me esperaba. Me senté a la misma altura en la que estábamos un poco antes de salir corriendo hacia el mar, hacia la locura. La galerna estaba disminuyendo, era bajamar, las rocas estaban claramente visibles entre ola y ola, la última rompiente había disminuido mucho, pero la segunda y la primera aún mostraban furiosas espumas y el ruido infundía respeto al Cantábrico, el que no tuvimos ayer y casi nos cuesta la vida. En el lugar donde encalló el bote quedaba un surco grande y unas marcas de neumáticos anchos, por donde salió la grúa que se lo llevó al puerto.

Qué historia, pensé. Es para contarla... supongo que debo decir a un hijo o a una hija o a una nieta, a alguien y, en ese momento de mi vida, sentado en aquella playa, viendo una galerna cantábrica de alta intensidad, era más que problemático para mí tener esos confidentes. Y Ángela ocupó mi pensamiento por completo; no sé cómo viviría ese trauma del niño, cómo se arriesgó sin pensar en otra cosa, cómo me arrastró a su locura y, sobre todo, dos imágenes, que mucho tiempo después, entran con facilidad en mi pensamiento y lo ocupan sin que pueda deshacerme de ellas. ¿Son dolorosas? No sé qué decir, a medias, experimento miedo, ternura, orgullo, melancolía... Una es la imagen de Ángela en el bote con el agua por la cintura y el niño abrazado, acunándolo, mientras paredes de

agua de varios metros nos zarandean y amenazan con hundirnos. Ángela era la orquesta del Titanic, meciendo en silencio y aceptando su hundimiento.

La otra, esa Afrodita triunfante en versión humana, la llegada a la playa después de haber quedado sumergida por la caída al salir del bote. Se levantó sin haber dejado ni por un segundo de apretar aquel cuerpecillo, aguantó el envite de las olas y amplió su zancada para escribir en el aire un "aquí estoy con mi niña, para quien quiera saberlo". Una figura magnífica, el cuerpo atlético de Ángela suavizado por el abrazo a su hija. Eso me preocupaba, justo eso, pero no pude seguir mis reflexiones porque la figura de Ángela se recortaba en la playa con su característico caminar.

Alguien la ha parado e intercambia con ella unas palabras. También a eso le tengo miedo, mucho miedo, por dios sigue andando. Se sienta a mi lado, esta vez no se separa, me mira y la miro.

—¿La cabeza?

—Solo un golpe, estoy bien.

Estamos en silencio, los dos sabemos que hay algo que hablar. Es el pánico que te atenaza entre ola y ola cuando no sabes si te dará tiempo a pasarla, si nadar hacia la orilla, si escaparte de las rocas... y el mar se vuelve silencioso, las aguas retroceden y te llevan hasta la ola que se forma gigante enfrente de ti. Ese silencio teníamos nosotros...

—Si no llega a ser por ti nos quedamos ahí –y miró hacia las rocas.

No supe qué contestar, no podía hacer una broma, esperaba la pregunta para la que no tenía respuesta y yo me temía improvisando.

—¿Le han hecho la autopsia?

—No.

—¿Niño o niña?

Salió. Si le digo niño no le importaría mucho haber fallado, si le digo niña estoy seguro de que hubiera llorado en silencio y yo no lo hubiera soportado. Esas lágrimas silenciosas son abrasivas, por donde pasan queda la marca del ácido. Así que le dije la verdad y ella sonrió a medias mirando el mar y su sonrisa se hizo de sal marina como la familia de Lot y allí se quedó. Meses después, cuando la visito, se la veo si no sabe que la observo. En cuanto se percata la cambia por su sonrisa tierna del día a día, espero que cuando ese gesto convertido en sal desaparezca Ángela esté de vuelta para aceptar que no había ninguna niña en aquel amasijo de mantas que acunaba y por el que se jugó la vida. Y quizá entonces vuelva a sentir que ningún mar huele como el Cantábrico.